

# *LA PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA AL TEMPLO*



Quién es esa preciosa Niña que se dirige al Templo de Jerusalén para consagrarse al servicio de Dios?

Una alegría divina brilla en su frente y una sonrisa de júbilo se dibuja en sus labios. Va a vivir cerca de Dios y su mirada de amor adivina la presencia del Amado en ese Templo, el más santo del mundo, donde recibe los homenajes de Israel.



¿Quién es? Es María, la más privilegiada de las criaturas, a quien sus padres, Ana y Joaquín, llevan al Templo de la Ciudad santa.

Van con ellos para asistir también a la presentación solemne de María varios miembros de la familia; pero, además, los ángeles siembran ante sus pasos las más hermosas flores del paraíso y celebran su entrada al Templo con cánticos del cielo.

Tantas virtudes, tanto fervor, tanta hermosura de la hija debían dar a sus padres una dicha incomparable; se sentían felices en medio del gran sacrificio de la separación que iban a ofrecer a Dios, y decían sin duda en sus corazones:

“¿Qué pensáis que será esta niña?” “*¿Quis putas puer iste erit?*”

La tierna Niña llega por fin al Templo.

Se va a consagrar a Dios para siempre.

Illuminada por el Espíritu Santo, comprendió que las primicias deben ser de Dios y que tan luego como la gracia llama a un alma debe corresponder sin vacilar a la invitación divina.

María es muy pequeñita aún, no cumple todavía cuatro años y parece imposible que pueda separarse tan pronto de sus padres que tan tiernamente ama su afectuoso corazón.

Pero la gracia, que dirige todos los pasos de la hija de Sión, la inclina a sacrificar los sentimientos más exquisitos de la naturaleza al amor sobrenatural de su Creador, que ya ha hecho de su alma un paraíso.

¿Cuáles fueron los sentimientos de esa celestial Niña, al considerar en ese momento a la amorosa Providencia de Dios que la sacaba tan pronto del mundo, para llevarla a su santo Templo, lugar de silencio y de paz?

Sin duda exclamó con su santo antepasado el Rey David:

“Me he regocijado cuando me han dicho que iría a la Casa del Señor – *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*”.

Llegada ante las gradas que iba a subir para ser presentada por sus padres al sacerdote, las besó con ternura, adorando y bendiciendo a Dios que le concedía el favor que tanto le había pedido.

Sabemos que la inteligencia de esa santa Niña no correspondía a su edad, porque desde el primer instante de su vida, “*tenía*”, dice San Bernardino de Sena, *la ciencia y el amor de Adán en el paraíso terrenal y de los ángeles en el cielo*”.

¡Qué gratitud sentiría, pues, por su vocación al Templo!

¡Con qué fidelidad correspondería a ella!

¡Felices las almas a quienes Dios llama desde su juventud para servirlo en “su casa”! *“Beati qui habitant in domo tua, Domine”*.

No pueden tener prueba más evidente de la predilección divina sobre ellas.

Separadas, desde su juventud, de las seducciones y de los peligros del mundo, lo abandonan antes de conocer sus miserias.

La vida religiosa, si son fieles, será para ellas una visión de paz y delicias. Pasan del puerto de esta vida al puerto de la bienaventurada eternidad.

¡Oh, cuántas pueden exclamar: *“Omnia bona venerunt mihi pariter cum illa - Todos los bienes me vinieron con mi vocación!”*

El primer acto de María en el Templo fue hacer a Dios una plena e irrevocable consagración de sí misma.

Le consagró su alma con sus potencias, su cuerpo con sus sentidos, todo su ser sin reserva alguna.

San Ambrosio meditando sobre la vida de María en el templo, dice que “*el mismo sueño no interrumpía la vida de unión de María con Dios*”. María podía asegurar con verdad que aun durante el sueño su Corazón velaba, amando...

¡Cuán grandes serían sus deseos de ver al Mesías prometido por los Profetas! Si todo Israel en ese tiempo suspiraba por la venida del Salvador, ¿cómo serían los deseos de ese Corazón virginal que más que nadie amaba a Dios y al Mesías que todos esperaban?

A medida que contemplaba el inefable misterio, sentía su Corazón inflamarse más y más de amor por el que había de venir.

Deseaba ver a la mujer feliz que debía ser su madre, ir a vivir cerca de ella y ser la última de sus esclavas.<sup>1</sup>

Durante los doce años que vivió en el Templo, podemos afirmar con los santos y los teólogos<sup>2</sup>, que adelantó la venida del Mesías por sus oraciones de fuego y sus suspiros.

¿Quién sabe si Dios, bendiciendo sus ardientes deseos por la venida del Redentor, le reveló interiormente que el tiempo ya había venido y que la que debía ser la Madre del Mesías ya estaba en el mundo?

Dios, que tenía siempre ante la vista el incomparable porvenir de María, la iba preparando incesantemente a su sublime misterio. Y María, aun en medio de tantas gracias extraordinarias, se creía indigna hasta de ser la pequeña esclava de la Madre del Mesías.

No pensaba sino en ofrecerse siempre a Dios con entera generosidad, cualquiera que fuese el humilde oficio al cual la destinara.

¡Ángeles santos que llevabais las oraciones ardientes de María como perfume de suave olor ante el Trono del Altísimo, contadnos los ardores de ese Corazón herido de amor!

Decidnos cómo el Señor se complacía en santificar a ese virginal Corazón. Dejadnos ver esa tierna flor que mecía el soplo del Espíritu Santo y cuyo tallo precioso, según el lenguaje de la Escritura, se apresuraba a desarrollarse bajo los dulces rayos del Sol de amor.

Las jóvenes israelitas que vivían con María en aquel asilo de piedad y de inocencia que era el Templo, admiraban a su compañera por sus virtudes, sin sospechar que era la Virgen esperada desde hacía más de cuarenta siglos.

La Virgen se distinguía entre ellas por su recogimiento, su celo y su fervor.

Su espíritu, siempre aplicado a la meditación de la Ley de Dios, encontraba siempre en ella nuevos encantos y su dicha era cantar con sus compañeras los Salmos que la presentan como más dulce que la miel.

Algunas veces tenía la grande alegría de recibir visitas de sus padres que venían a ver a su hija tan amada para llevarle el vestido color de jacinto o la túnica blanca que Ana había tejido con tanto amor.

---

<sup>1</sup> La Ven. María de Agreda. La Mística Ciudad de Dios.

<sup>2</sup> Card. A. Lépiciér. Loc. cit.

Sabemos por los primeros Padres de la Iglesia que María era muy hábil en todos los trabajos de su sexo, especialmente en bordados en lino y en oro, no habiéndose visto jamás trabajos hechos con tanta perfección.

En medio del trabajo, María conservaba siempre una íntima unión con Dios. Se preparaba sin sospecharlo siquiera para que se cumpliera en Ella el misterio del eterno Amor.

¡Con qué cuidado y exactitud guardaba las reglas prescritas! ¡Con qué pronta sumisión obedecía a la menor señal!

San Buenaventura dice <sup>3</sup> que *“María en el Templo observaba con suma fidelidad lo que ordenaba el sacerdote encargado de la dirección de la casa y que pedía a Dios constantemente que le diera la virtud de la obediencia en su mayor perfección”*.

San Jerónimo escribe que *“María era exacta en la oración y en el estudio, que era la primera en levantarse, la más instruida en la ciencia de la Ley, la más adelantada en la virtud de la humildad, la más amante de los Cánticos de David, la más ardiente en caridad, la más eminente en pureza, la más perfecta en todas las virtudes”* <sup>4</sup>.

La Iglesia católica celebra el 21 de noviembre, bajo el título de Fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen, el recuerdo de esa vida angélica y de la consagración de María a Dios.

La oración de la Fiesta en el Misal es ésta:

“Oh Dios, que quisiste que en este día fuese presentada al Templo la Santísima Virgen María, morada que era del Espíritu Santo; suplicámoste, por su intercesión, que nos concedas la gracia de merecer ser presentados en el Templo de tu gloria”.

Las Fiestas de María, si se medita bien su objeto, logran el fin que tuvo la Iglesia al instituir las.

Cada una nos presenta a María bajo un aspecto nuevo y siempre admirable.

Así en la Fiesta de la Presentación al Templo, María nos enseña el medio de conservar la azucena perfumada de la inocencia; a buscar ante todo a Dios; a entregarnos completamente a su servicio por medio de una piedad tierna y afectiva.

\* \* \*

---

<sup>3</sup> De vita cristiana.

<sup>4</sup> Apud Bon. Medit. 3.

El hermoso ejemplo de María en el Templo, útil a todos, lo es más especialmente a la mujer.

De la consideración de la vida de María en el Templo han nacido, sin duda, muchas de las innumerables Congregaciones religiosas fundadas todas para imitar la vida santa de la Reina de las vírgenes en las apacibles dependencias del Templo de Jerusalén.

Es imposible presentar aquí el cuadro completo de los prodigios de santidad que han visto los claustros en los siglos pasados y que todavía se admiran hoy día, por la misericordia de Dios.

Para tener una idea de la excelencia de esas admirables mujeres que en su vida religiosa se han propuesto imitar a María en el Templo, bastará recordar cómo se celebraba en la Edad Media su místico matrimonio con Cristo. De la misma manera, más o menos, se celebra todavía esa ceremonia en muchas Ordenes y Congregaciones religiosas.

Estamos en un monasterio antiguo, donde se han formado legiones de santas religiosas...

Vamos a asistir a la toma de hábito de un nuevo grupo de jóvenes que, en la alegría de su corazón, entran al monasterio para ofrecer a Dios su virginidad y prometer solemnemente vivir en el silencio y en la intimidad con Dios hasta el último suspiro...

La abadesa, con toda la comunidad, está orando ya en la iglesia del monasterio, adornada e iluminada como en las fiestas más solemnes.

Repican alegremente las campanas de la abadía y empieza el Santo Sacrificio.

Después de la Epístola una voz llama a las vírgenes:

*“Vírgenes prudentes, dice la voz, preparad vuestras lámparas; ya viene el Esposo, id a encontrarlo”.*

Encienden entonces la vela que tienen en la mano y entrando en la iglesia se acercan al Obispo, sentado ante el altar, y se postran sobre las losas de mármol.

La misma voz: *-Padre venerable, la Iglesia, nuestra santa Madre, pide que bendigas a estas vírgenes y que las hagas Esposas de Jesucristo.*

El Obispo: *-¿Son dignas de ser Esposas de Cristo?*

*-En cuanto la fragilidad humana permite saberlo, creo y afirmo que son dignas de llevar ese nombre.*

Entonces el Prelado exclama: *-Con el auxilio de Nuestro Señor, elegimos a estas vírgenes para consagrarlas y hacer de ellas las Esposas de Jesucristo.*

Y dirigiéndose a ellas: *-¡Venid!*

Las vírgenes: *-¡Vamos!*

Se levantan y después de unos pasos se prosternan otra vez en el pavimento de la iglesia.

¿No es la vacilación de una profunda humildad?

El Obispo, con voz alta: *-¡Venid!*

Las vírgenes: *-¡Vamos con todo el corazón!*

“Con todo su corazón”... y sin embargo una nueva desconfianza de sí mismas las detiene después de estos nuevos pasos.

*¡Venid!*, dice por tercera vez el Obispo con más insistencia, *¡venid, hijas mías, os enseñaré el temor de Dios!*

Las vírgenes: *¡Oh Dios, vamos a Ti con todo nuestro corazón! Señor, tenemos tu saludable temor. Queremos verte. No nos confundas y obra con nosotras según tu dulzura y lo infinito de tu misericordia.*

Llegadas por fin al santuario, elevan la voz y cantan:

*Recíbeme, Señor, según tu promesa y que ningún vicio pueda entrar en mi alma.*

No piden una dicha engañadora, lo que piden es la virtud.

Entonces el Obispo les habla, les enumera los deberes de su nuevo estado, les explica su dignidad y luego pregunta tres veces, a todas y cada una en particular, si quieren guardar la fidelidad virginal que exige de ellas su Divino Esposo.

Traen en seguida las nuevas vestiduras que indicarán claramente su definitiva separación del siglo.

Cuando el Obispo les ha bendecido salen de la Iglesia para revestirse con ellas, vuelven de dos en dos al altar y dicen en fe y verdad:

*“He despreciado los reinos del mundo y las ricas vestiduras del siglo por amor a mi Señor Jesucristo, que he amado, en quien he creído, a quien amaré siempre con toda mi alma.”*

Entonces se arrodillan y el Obispo las bendice y les impone el velo blanco de las novicias, sobre el cual coloca una corona de rosas, las flores del amor.

El Obispo las bendice una segunda vez solemnemente y durante la Santa Misa reciben la Comunión de sus manos.

¿Quién no ve en esas bodas místicas un recuerdo de la consagración conmovedora que la Virgen María hizo de sí misma en el Templo del Dios de Israel?

¡Felices las jóvenes que pueden como Ella retirarse a un asilo de inocencia y de piedad, y como Ella también progresan en la virtud y en la perfección!



*Del Libro: María. Autor: Félix de Jesús Rougier, (1859-1938). Fundador de la Congregación de los Misioneros del Espíritu Santo.*